

Introducción

Biopolítica y memoria: regulación o resistencia

Diana Marcela Rodríguez Clavijo

En el contexto mundial actual, marcado por el incremento veloz de las comunicaciones y los desarrollos tecnológicos, la transnacionalización, el capitalismo a ultranza con sus efectos devastadores sobre la naturaleza y la democratización de la pobreza, la existencia de guerras focalizadas en territorios estratégicos con historia colonial y las amenazas latentes de guerras entre países poderosos —que podrían tornarse globales—, el análisis o la reflexión sobre la memoria y su relación con la biopolítica se hace fundamental, en tanto que nos plantea el debate por un potente mecanismo que puede ponerse al servicio del control, la sujeción y la normalización de la vida o puede ser también una estrategia de resistencia que busca nuevas posibilidades de existencia, en otras palabras, parafraseando a Espósito¹, el debate acerca del poder sobre la vida o el poder de la vida.

Plantear el debate o la reflexión en torno a los conceptos de Biopolítica y Memoria en el orden mundial actual exige fijar la mirada en un momento anterior: la modernidad, el momento fundacional de organización del mundo a partir de la supremacía de la razón —europea—, con la promesa de garantizar y proteger las libertades y derechos de los ciudadanos, aunque siglos después del inicio de este proyecto es evidente que estas promesas no se cumplieron para todas las personas ni en todas las geografías del planeta y que, sin desconocer sus aportes en el devenir científico, artístico y cultural, la modernidad dejó instalados: a) el disciplinamiento de la vida humana a través de sus instituciones y del uso de discursos científicos; y b) una comprensión binaria

del mundo a través de la cual aprehendemos la realidad social y, en consecuencia, actuamos en ella.

La organización social, económica, política y cultural moderna se construyó con base en la distribución geopolítica de la diferencia y de la razón —europea—. Tal distribución promovió la formación de estados-nación con fronteras definidas, lengua, estructuración jurídico-administrativa, sistema económico y soberanía política. El establecimiento de fronteras territoriales obedeció a un orden jerárquico que permitió separar las identidades dominantes de *lo otro* —considerado no solo diferente sino inferior— y, de esta manera, favorecer el colonialismo y la expansión económica europeas sobre territorios extranjeros, dominio ejercido desde centros de poder claramente ubicados. Esta separación fue extendida también al interior de todas las naciones en lo que De Sousa Santos² denomina *Norte y Sur globales*, siendo este último el espacio de todo otro que sufre a causa de la modernidad capitalista.

En medio del reparto del mundo entre los estados más poderosos, se produjeron tensiones que desembocaron en múltiples guerras —también dictaduras—, entre ellas, dos guerras mundiales que dan cuenta del horror al que la especie humana puede llegar en la pugna por el poder. Paralelo a ello, en los estados colonizados se generaron guerras entre estados, guerras internas, dictaduras o conflictos internos violentos, varios de los cuales perviven durante el siglo XXI como hechos aislados, tales son los casos de la guerra entre Israel y Palestina de casi 70 años o la guerra interna colombiana que

¹ Espósito, Roberto (2007), *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires: Amorrortu.

² De Sousa, Boaventura (2011), «Epistemologías del Sur», *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 54, págs. 17-39.

lleva más de 60 años y cuyo fin no se vislumbra cercano, pese a la firma del reciente acuerdo de paz.

Todas las guerras, dictaduras y conflictos violentos librados durante los siglos XX y XXI han dejado saldos lamentables y dolorosos, de los cuales, sobre algunos se han realizado intensos ejercicios de memoria, como ha ocurrido con los acontecimientos de la II Guerra Mundial, otros tantos se encuentran en ello como son los casos de las dictaduras de Argentina y España; algunos han finalizado con procesos de paz y reconciliación como la caída del sistema del *apartheid* en Sudáfrica; y otros tantos no han completado o ni siquiera han comenzado procesos de verdad, justicia o reparación.

Frente a estas situaciones y ante la inminente desaparición de quienes sobrevivieron a estos hechos, que implica la posibilidad de olvido o la pregunta por los modos en que las sociedades se relacionarán con ese pasado, a partir de los años ochenta ha habido un crecimiento notable de procesos de memoria y estudios sobre la memoria en el mundo. Esta especie de *boom* ha implicado posiciones encontradas frente a su estudio, desde las separatistas pues consideran que la memoria como campo de estudio homogeneiza fenómenos del ámbito de otras ciencias, hasta las más propositivas que, como lo plantea Erll³, establecen puntos de encuentro entre ellas, por ejemplo, la convergencia de diversos estudios en el campo con las teorías generales sobre los medios de comunicación y la cultura.

Sin dejar de lado las diferencias entre las múltiples perspectivas sobre la memoria, es fundamental pensar en la función que ésta cumple para la existencia de las culturas y en el uso ideológico o político que puede hacerse de ella porque construir relatos sobre el pasado es un ejercicio de poder en tres sentidos principalmente: primero, porque implica operaciones sobre el recuerdo y el olvido; segundo, porque, como lo sostiene Visacovsky⁴, hablar o escribir sobre la historia nacional

es un proyecto político que implica la producción de identidades colectivas a través de historias unificadoras del pasado de grupos sociales pertenecientes a un territorio; y tercero, porque la construcción de interpretaciones del pasado se hace desde un lugar específico del campo sociocultural, atravesado por discursos, características, intereses, historias y relaciones de poder que lo configuran.

Por otra parte, ya Foucault nos mostró, a lo largo de su obra, las formas mediante las cuales los Estados modernos consiguieron el disciplinamiento de la vida humana a través de sus instituciones y del uso de discursos científicos: distribuyendo, disponiendo, regulando, verificando, registrando, vigilando y castigando los comportamientos humanos desde áreas como la salud, la educación, la sexualidad, el trabajo, las cárceles, etc.

Con el paso de la modernidad a la posmodernidad, que es, al mismo tiempo, la expansión del neoliberalismo como política económica y el declive de la soberanía de los Estados-nación frente a su imposibilidad de regular el mercado mundial, Foucault observó también el *control* como una nueva forma de poder sobre la vida, en la cual, las conductas de integración y exclusión al sistema ya no son solamente impuestas, sino que surgen del interior de los sujetos y su accionar voluntario. Es así que en su curso *Nacimiento de la Biopolítica* (1978-1979)⁵, Foucault sostiene que en el neoliberalismo —norteamericano—, la biopolítica no se trata solamente del gobierno que ejerce el estado para el funcionamiento social en términos de la soberanía política ejercida sobre sujetos de derecho, sino que ese gobierno forma parte de algo más grande: una racionalidad de mercado que se extiende a ámbitos no económicos como la vida personal y social, en palabras del autor: «extender la racionalidad del mercado, los esquemas de análisis que ésta propone y los criterios de decisión que sugiere a ámbitos no exclusiva o no primordialmente económi-

³ Erll, Astrid (2012), *Memoria colectiva y culturas del recuerdo*. Bogotá: Universidad de Los Andes.

⁴ Visacovsky, Sergio (2007), *Cuando las sociedades conciben el pasado como «Memoria»: Un análisis sobre verdad histórica, justicia y prácticas sociales de narración a partir de un caso argentino*, Antípoda, 04, págs. 49-74.

⁵ Foucault, Michel (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

cos. Así, la familia y la natalidad; así, la delincuencia y la política penal»⁶.

El concepto de biopolítica, desde Foucault hasta pensadores como Deleuze, Negri, Agamben y Espósito, entre otros, se ha hecho cada vez más relevante en los estudios sociales contemporáneos, en la medida en que nos ubica frente a la acción de mecanismos de poder desplegados para controlar y producir la vida humana mediante técnicas cada vez más sofisticadas e imperceptibles. De ahí que sea indispensable su análisis, así como la búsqueda de posibilidades de resistencia.

Es así que este Dossier centra su interés en las múltiples relaciones que se pueden tejer entre biopolítica y memoria, toda vez que, estos dos mecanismos no dejan de ser ejercicios discursivos, atravesados por el poder, que construyen y se construyen en el orden social y que nos permiten pensar las relaciones entre el poder, la política, la economía, la cultura, la resistencia y la vida. En este sentido, los artículos que lo componen nos permiten transitar por el debate sobre: hechos violentos del pasado reciente frente a los cuales existe controversia, la producción de identidades y subjetividades, el tratamiento de la violación a los derechos humanos en escenarios dictatoriales y posdictatoriales, y los procesos sociales de resistencia frente a poderes gubernamentales locales y globales de dominación y control.

Desde las diversas especificidades teóricas, analíticas y geográficas, en términos de los contextos en los cuales se ubican los objetos de estudio de cada uno de los seis artículos que componen este dossier (Nicaragua, Argentina, Colombia, Uruguay e Italia), todos ellos nos plantean la reflexión sobre: a) la importancia de la significación de hechos violentos del pasado para el aprendizaje y la permanente construcción de las sociedades que los vivieron; b) las formas de representar y construir relatos sobre ese pasado como estrategia política; y c) el poder de la imagen como herramienta de dominación o resistencia.⁷

A partir de un panorama sobre las diversas perspectivas de los debates actuales en el campo de la biopolítica,

Oscar Useche Aldana y Clara Inés Pérez abren el dossier con un artículo centrado en la disertación sobre las posibilidades de una biopolítica de las resistencias que desate la potencia productiva de los sujetos minoritarios para la constitución de modos de vida alternativos al biopoder. Para ello, desarrollan un recorrido conceptual cuyo primer momento es la relación entre la perspectiva foucaultiana del poder y la noción spinoziana de potencia como fuerza de la vida para plantear la posibilidad de asociación humana. El segundo momento ahonda en la definición de la vida (humana y no humana) y en la concepción dual *zōé/bios* como claves para comprender la mutación de la política democrática moderna en biopoder, explicando éste último en dos de sus formas problemáticas: los estados de excepción permanentes y la bioeconomía. El recorrido finaliza con el tercer momento: la biopolítica como resistencia en y desde la vida y las memorias minoritarias como una dimensión de esta política emancipadora.

Ruxandra Dumitru analiza la manera en que la película de Miguel Littin, *Alsino y el cóndor* (1987), construye una narrativa alrededor de la Revolución Sandinista de Nicaragua antes de su triunfo en 1979, proceso que se dio luego de que el país viviera una dictadura militar desde 1934. A partir del análisis textual fílmico, la teoría decolonial y la contextualización histórica, la autora sostiene que la película, en un ejercicio de memoria, reconstruye un proceso social que se tradujo en una forma de resistencia biopolítica de sujetos subalternizados, ante las manifestaciones de la colonialidad/imperialidad inscrita durante siglos en la historia nicaragüense, sin perder de vista el distanciamiento actual entre los ideales del sandinismo y las formas dictatoriales que han tomado los gobiernos de Daniel Ortega desde los años 80.

Ana Paula Saab y Gabriel Inzaurrealde indagan sobre la construcción de prácticas de la memoria en el contexto biopolítico de la dictadura (1976-1983) y la postdictadura argentinas. Los autores sostienen que la dictadura estableció un proceso sistemático de represión y disciplinamiento social, según el cual se auto atribuyó el poder sobre la vida de la población a través del terror y

⁶ *Ibid.* pág. 365.

⁷ Este último aspecto de reflexión no se plantea en el primer artículo del *dossier*.

la clandestinidad; en medio de este proceso, la desaparición forzada se erigió como la principal tecnología de poder. Por esto, analizan la figura del desaparecido y su relación con el dispositivo de lucha y de memoria iniciado por las madres de la plaza de mayo a través de las fotografías, mostrando cómo, inicialmente, éstas funcionaron como documentos probatorios de la existencia de unos sujetos y, posteriormente, se constituyeron en un archivo que fue complejizándose hasta convertirse en un auténtico contra-archivo frente al relato estatal durante y después de la dictadura.

El siguiente artículo es de mi autoría (Diana Rodríguez), allí, partiendo del reconocimiento de la comunicación como un mecanismo fundamental para la organización y el funcionamiento del nuevo orden mundial y de la importancia política de la memoria como herramienta unificadora de relatos del pasado para una sociedad, analizo la teleserie colombiana *Escobar, el patrón del mal* (2012), la cual tiene la pretensión explícita de hacer memoria histórica para evitar que hechos lamentables en el marco de la guerra colombiana durante las décadas del 80 y comienzos del 90 del siglo xx vuelvan a repetirse. Mi análisis se centra en la teleserie como objeto de la memoria colectiva colombiana y su uso biopolítico desde tres componentes: el lugar de producción, los instrumentos mediante los cuales se construye el discurso y la memoria que moviliza y sus funciones en el contexto nacional.

El análisis de Fabiana Larrobla Caraballo y Magdalena Figueredo Corradí se ubica en el contexto de la posdictadura uruguaya, justo entre los años de 1984 y 1989. Desde una perspectiva histórica, presentan el devenir de los discursos y las relaciones de poder puestas en juego en torno al tratamiento de las violaciones a los derechos humanos perpetradas por militares durante la dictadura. Las autoras hacen especial énfasis en la lucha de diversas organizaciones sociales y políticas por la abolición de la Ley de Caducidad —que frenaba

las investigaciones en curso—, al tratarse de una nueva acción de resistencia en el marco de la legalidad. Pese a que la lucha desencadenó en la realización de un referéndum, éste no consiguió los votos suficientes para anular la mencionada Ley, de manera que el artículo culmina poniendo de relieve el discurso gubernamental como mecanismo de disciplinamiento y control biopolítico.

Finalmente, partiendo de una perspectiva semiótico-discursiva, Serena Delle Donne Napoli expone la memoria como un proceso sociocultural e histórico de producción y distribución de sentidos para las sociedades, por tanto, un espacio político de significación atravesado por relaciones de poder que deciden el posicionamiento de información del pasado en —lo que Lotman llamó— la *semiosfera*, desde el centro hacia la periferia y viceversa. En este sentido, tomando como campo de análisis los documentales militantes y apoyándose en el debate derrideano sobre la política de la memoria, la autora analiza *The Summit* (Franco Fracassi y Massimo Lauria, 2012), una película documental sobre los acontecimientos de violencia estatal y militar ocurridos en la contracumbre del G8 de Génova 2001, planteándola como una forma de construcción de memoria colectiva que produce sentidos alternativos al oficial y que representa nuevas formas de acción de los movimientos sociales en la era de Internet.

Este dossier no es, de ninguna manera, concluyente, es apenas introductorio sobre un área que precisa seguir siendo estudiada, conectada, debatida, pensada, etc., sobre todo ante el panorama actual de expansión de gobiernos que, bajo el ropaje de la democracia, promueven políticas regresivas frente a los derechos y las libertades humanas, llegando incluso a sostener propuestas revisionistas o negacionistas frente a hechos históricos cruciales del pasado reciente.

Febrero de 2019